

Habr  de reconocerse que, en la moral tomista, la propiedad y la familia reposan ambas sobre otra cosa que "un fundamento *a priori*", es decir—para M. Lévy-Brühl,  pero se comprende bien el mismo?:—"sobre una concepción religiosa que se toma por racional".

monii excludentem vagos concubitus, est de se inordinata. (*De Malo*, q. 15, art. 1.)—Si sollicitudo patris de filio causat etiam in avibus convenientiam maris et feminae, ordo naturalis requirit quod usque ad finem vitae in humana specie pater et mater simul commaneant. (*Summa contra Gentiles*, III, 123. Cons. *S. Th.*, II^a II^{ae}, q. 154, art. 2; et III^{ae}, suppl., q. 65, art. 3.)

CAPÍTULO VIII

Conclusión.

 Moral o Sociología, se nos dice, escoged! (1).

La Moral, se añade, fue el pasado con sus ignorancias, ing nuas o buscadas, y sus pretensiones, quiméricas o nefastas. Su insuficiencia no es un secreto, y la crítica de los sociólogos ha acabado de evidenciar su caducidad.

La Sociología es la ciencia que conquista un nuevo dominio y lo explota metódicamente por medio de procedimientos rigurosos e infalibles. Es la naturaleza social explorada hasta el más remoto pasado, escudri ada en sus últimas reconditeces, escrutada en sus supremas complicaciones. En un futuro todavía indeciso, la conducta individual y la acción colectiva, sujetas a las auténticas leyes naturales, constituirán la materia de interpretación para los sociólogos (2).

(1) «Muchos filósofos siéntense atraídos hacia la Sociología, pero prosiguen enseñando la moral teórica. Parecen no advertir que convendría optar... No hay, no puede haber moral teórica. En adelante, únicamente contarán en la ciencia las investigaciones guiadas por el método propiamente sociológico». (LÉVY-BRÜHL, *La morale et la science des m urs*, páginas 161-162.)

(2) «La filosofía positiva representa los fenómenos sociales como susceptibles de modificación, según las racionales indicaciones de la ciencia. Res rvase la dirección intelectual de esa intervención cuyos límites circunscribe desde luego». (A. COMTE, *Cours de philos. posit.*, lec. 48, t. IV, pág. 345.)

«La razón del individuo no tiene privilegios. La  nica

A la hora presente tenemos de los términos de la opción un conocimiento histórico algo más preciso que el facilitado por la lectura del libro de M. Lévy-Brühl.

I

La Moral — eso que M. Lévy-Brühl llama la Moral—es, en efecto, el pasado, pero un pasado reciente. Es, en verdad, un método que estuvo en boga durante los últimos siglos. Descuidando estudiar la historia, dejando de observar lo real, concedía una confianza sin límites a la sola razón y a la pura lógica. Con eso creía poder vincular a un dato primero, por una cadena ininterrumpida de silogismos, el conjunto de los preceptos generales y particulares que los hombres y los pueblos deben seguir, en todas partes y siempre, para vivir conforme al Derecho natural.

El Derecho natural, confeccionado así sobre el modelo de un tratado de geometría, corrió suertes diversas.

En el siglo XVIII, fue la antítesis del régimen establecido; lo que debe ser, usurpó violentamente el lugar ocupado por lo que era (1).

En la centuria siguiente, la filosofía universitaria se adjudica como objeto demostrar, por el mismo procedimiento del raciocinio deductivo, que el nuevo orden existente se armonizaba perfectamente con el orden ideal; lo que debe ser, era (2).

Por vez primera, se cargó al Derecho natural la respon-

para la cual podéis legítimamente reclamar el derecho de intervenir para reformar la realidad moral, es la razón humana, impersonal, que no se realiza verdaderamente más que en la ciencia». (E. DURKHEIM, *La détermination du fait moral*, página 174.)

(1) Véase cap. VI, 1.

(2) Idem id., 2.

sabilidad de la Revolución, y los fundadores de la Sociología le imputaron haber edificado, sobre la base artificial de los Derechos del hombre, una constitución política arbitraria y además anárquica (1).

En el siglo XIX se le censura por atribuir a coordinaciones contingentes un valor absoluto y un carácter inmutable. A medida que se transformaba el estado de cosas, económico y social, jurídicamente consagrado como sistema definitivo; conforme la Historia, la Etnografía, el Derecho comparado revelaban organizaciones diferentes del orden racional, el Derecho natural parece un vano juego de imaginación y preséntase como una creación artificial, sin nexo con la realidad a la cual habíase intentado imponerle (2).

De nuevo surge la Sociología con el formal designio de acometer la empresa en que había fracasado la Moral.

II

La Sociología — eso que M. Lévy-Brühl nos coloca hoy en situación de adoptar bajo este nombre—no es más que una concepción particular de la ciencia social: es el método, discutido (3), y discutible, de M. Durkheim.

(1) Véase cap. VI, 1.

(2) Idem id., 2.

(3) Bibliografía: P. BARTH, *Die Philosophie der Geschichte als Sociologie*, Leipzig, 1897.—G. BELOT, *La religion comme principe sociologique*, «Revue philosophique», t. XLIX, París, 1900.—*Sur la définition du Socialisme*, «Revue philosophique», tomo XXXVI, París, 1893.—M. BERNÉS, *Sur la méthode de la Sociologie*, «Rev. philos.», t. XXXIX, París, 1895.—*La Sociologie*, «Revue de métaphysique et de morale», t. III, París, 1895.—H. BERR, *Les progrès de la Sociologie religieuse*, «Revue de synthèse historique», t. XII, París, 1906.—CH. BEUDANT, *Le droit individuel et l'Etat*, París, 1891.—C. BOUGLÉ, *Sociologie et Conscience*, «Bibliothèque du Congrès international de philoso-

Comprenderíamos los urgentes apremios de M. Lévy-Brühl, si las reglas del método sociológico nos suministrasen la traducción, en fórmulas, de los procedimientos ensayados y cuyo valor fuera garantizado por incontestables resultados.

phie», t. II; *Morale générale*, París, 1903.—*Sociologie, psychologie et histoire*, artículo seguido de una réplica de CH. ANDLER, «*Revue de métaphysique et de morale*», t. IV, París, 1896.—*Les Sciences sociales en Allemagne*, París, 1896.—*Revue générale des théories récentes sur la division du travail*, «*Année sociologique*», t. VI, París, 1903.—D. DRAGHICESCO, *Du rôle de l'individu dans le déterminisme social*, París, 1904.—*Le problème de la conscience*, París, 1907.—L. DUGUIT, *L'Etat, le Droit objectif et la Loi positive*, París, 1901.—E. GOBLOT, *Sur la théorie physiologique de l'Association*, «*Revue philosophique*», t. XLVI, París, 1898.—HALÉVY, *Le radicalisme philosophique*, t. III.—H. HAUSER, *L'Enseignement des Sciences sociales*, París, 1903.—C. JACQUART, *Statistique et Science sociale*, Bruselas, 1907.—*Essais de statistique morale*, I, *Le Suicide*, Bruselas, 1908.—A. LALANDE, *Philosophie in France*, «*The philosophical Review*», t. XV, New-York, 1906.—G. LANSON, *L'histoire littéraire et la Sociologie*, «*Revue de métaphysique et de morale*», t. XII, París, 1904.—P. MANTOUX, *Histoire et Sociologie*, «*Revue de synthèse historique*», t. VII, París, 1903.—H. MICHEL, *L'Idée de l'Etat*, París, 1896.—MICHELET, *Une récente théorie française sur la religion*, «*Revue pratique d'Apologétique*», t. VI, París, 1908.—A. NAVILLE, *La sociologie abstraite et ses divisions*, «*Revue philosophique*», t. LXI, París, 1906.—G. RICHARD, *L'idée d'évolution dans la nature et l'histoire*, París, 1903.—RUYSSSEN, *Psychologisme et Sociologisme*, «*Année psychologique*», t. XV, París, 1909.—A. SCHATZ, *L'individualisme économique et social*, París, 1907.—STEINMETZ, *Classification des types sociaux*, «*Année sociologique*», t. III, París, 1900.—TARDE, *La psychologie et la sociologie*, «*Annales de l'Institut international de sociologie*», t. X, París, 1904.—G. TOSTI, *The delusions of Durkheim's sociological objectivism*, «*The American Journal of Sociology*», t. IV, Chicago, 1898-1899.—*Suicide in the light of recent studies*, «*The American Journal of Sociology*», tomo III, Chicago, 1897-1898.—F. VALVI, *Die französische Soziologie der Gegenwart*, «*Kritischer Blaetter für die gesamt Socialwissenschaften*», t. III, Dresden, 1907.—W. WUNDT, *Logis der Geisteswissenschaften*, ed. 3.^a, Stuttgart, 1908.

Pero hecha la comprobación, nos hallamos ante una construcción *a priori*, ante la obra de un ideólogo preocupado de crear una ciencia nueva e influido por el cuidado de descubrirla un objeto; adueñándose, con tal fin, de una noción elaborada por el genio de un pueblo vecino y erigida en elemento de su mentalidad; alterando su fisonomía propia y despojándola de su sentido tradicional; convirtiéndola en una abstracción desconcertante, de paradójica apariencia; después, a ejemplo de un geómetra, deduciendo de su postulado una serie de corolarios, y procurando ilustrar éstos con alguno que otro ejemplo.

A decir verdad, encuéntrase en otras partes casi todas las reglas del método sociológico; apenas hay alguna que no pueda atribuirse a alguien: ya a Comte, ora a Schaeffle, bien a Wundt, y aun a otros, como Guarín de Vitry. Pero las copias, entresacadas y modeladas, coordinadas y agrupadas, han acabado por integrar un conjunto casi coherente.

Conceded, en efecto, a M. Durkheim, que es el Cristóbal Colón de la Sociología. Concededle que ha pisado tierra firme y tomado posesión del continente, seductor y misterioso, que ilustres exploradores, como Spencer y Comte, sólo habían vislumbrado como en un espejo. Admitid, en una palabra, su postulado inicial del realismo social, y veréis derivarse, en una cadena de consecuencias, la serie de las reglas características de su método. Será menester evacuar el cerebro de las ideas recibidas y de los prejuicios tradicionales; tener el sentimiento de que nos abismamos en lo desconocido; aprestarse a realizar sorprendentes descubrimientos. Habiendo desterrado toda preñición sospechosa y surgiendo de sí mismo, se pondrá uno en presencia de las "cosas," enigmáticas, se las contemplará "desde fuera (1).," Se definirán de nuevo los fenómenos sociológi-

(1) Esta locución que tan frecuentemente surge de la plu-

cos por sus caracteres exteriores y aparentes, y se les agrupará según esas definiciones objetivas. En lugar de continuar persiguiendo la ilusoria sombra que ellos proyectan sobre los individuos, se procurará alcanzarlos en sí mismos, en su realidad no sospechada hasta aquí; se intentará conocerlos por su aspecto social, saber de ellos en su expresión auténtica, registrar sus manifestaciones propias. Renunciando al procedimiento de la interpretación psicológica y finalista, que desconoce su carácter específico, se iniciará el sistema de explicación sociológica y mecanista, que reclama su definición. Para evitar toda reincidencia teleológica, se estudiará su génesis, mejor que escudriñar su función e inquirir su objeto.

Esto es lógico: todo está enlazado. Pero la consistencia que las reglas parecen poseer en el orden ideal, donde se sostienen unas a otras, no hace más que encubrir su fragilidad. Tan escasamente son instrumentos prácticos y manejables, que su propio autor no logra hacerlas funcionar.

Vedle, por ejemplo, cuando intenta definir los fenómenos sociales. Si hay una empresa en la cual no debía fracasar, era ciertamente ésta. Tratábase, en efecto, de probar que la Sociología es posible, demostrando que tiene un objeto. Era necesario evidenciar que, por encima de los hechos, estudiados por la Física, la Química, la Biología, la Psicología, existe un orden distinto de fenómenos particulares, materia de la investigación sociológica.

Para establecer la existencia de este dominio, inadvertido por sus antecesores, no bastaba recurrir siempre a

ma de M. Durkheim, cópiala éste de Augusto Comte: «Créese a menudo que los fenómenos sociales deben ser de muy fácil observación porque, de ordinario, el observador interviene más o menos en ellos. Pero, en general, no se observa bien más que colocándose fuera». (*Cours de philosophie positive*, lección 48, t. IV, pág. 421.)

la dialéctica, repitiendo con ingeniosas variantes que la sociedad es una entidad *sui generis*. Era indispensable hacer tocar, en fin, con el dedo la realidad tantas veces postulada; indicar los caracteres aparentes que son propios de los fenómenos sociales y los distinguen de todos los demás; notar los signos que los marcan y por los cuales se les reconocerá; desligar de su conjunto los rasgos de familia.

M. Durkheim no ha sabido prestar a la Sociología este servicio, que ella tenía derecho a esperar de él. Al cabo de sus reiteradas disertaciones sobre la fórmula del fenómeno social, hállase delante una engañosa interrogación (1).

Algunas veces, M. Durkheim confiesa francamente la imperfección de su instrumento; y singularmente a propósito de esa importante regla en cuya virtud "es preciso saber de los hechos sociales desde un punto de vista en que se presenten aislados de sus repercusiones individuales (2)."

Esta regla radica en la lógica del sistema: si la sociedad es una realidad distinta de sus miembros; si la vida social suscita fenómenos *sui generis*—precisa llegar directamente a sus manifestaciones específicas, y no sólo a lo que se encuentra, bajo la forma de participación lejana, entre los individuos.

Mas cuando el dialéctico que ha construído el edificio metodológico, cede su puesto al sociólogo, éste no logra descubrir esas manifestaciones específicas de la vida colectiva o comprueba que aquéllas que había considerado como tales, son expresiones groseras, repercusiones aparentes, aspectos ilusorios (3). La regla, conviéndose así, no posee todavía más que el valor de un *desideratum*.

(1) Véase cap. II, 2.

(2) Idem *id.*, 4.

(3) Id. *id.*, 4, y cap. III, 1, III.

En otras ocasiones, tal confesión es implícita; sin explicárselo, M. Durkheim contraviene muy simplemente sus propios preceptos.

Ya lo hemos observado (1) hablando del procedimiento preconizado para agrupar las sociedades por especies. Esquivando definir previamente la sociedad, distingue: las sociedades polisegmentarias simples, las polisegmentarias simplemente compuestas, las polisegmentarias doblemente compuestas, etc. Esta clasificación, fárrago puramente verbal, porque no se ve que todo ello responda a nada en lo real—surge de una "noción", postulada: la de la herda.—No obstante, las sociedades son realidades, "cosas"; y una prescripción esencial del método es "colocarse en presencia de los fenómenos, conocerlos por sus caracteres objetivos, solicitar de ellos mismos el medio de clasificarlos (2)."

Otro ejemplo. En el estudio donde explica la exogamia por el totemismo (3), el autor se apoya, no sobre los fenómenos considerados directamente, sino que se fundamenta sobre una teoría del totemismo, construída con elementos heterogéneos. Es olvidar que la Sociología pretende ser una ciencia no de conceptos sino de cosas, y que el sociólogo debe desviar de sí todas las preconiciones formadas fuera de la ciencia.

No hay, dice en otra parte, más que un método verdaderamente científico para descubrir la función de la Moral: estudiar desde luego la multitud de las reglas particulares que gobiernan efectivamente la conducta; no habiendo los moralistas verificado nunca este estudio, sólo se puede responder, añade, por una confesión de ignorancia, a

(1) Id. cap. II, final, y cap. V.

(2) *Règles*, pág. 176.

(3) Véase cap. II, 4, en una nota concerniente a la Etnografía.

la pregunta de cuál es la fórmula general o el principio último de la Moral (1). Eso no le impide formar su idea sobre la función de la Moral (2); y, además, presentar, a despecho de los hechos contrarios (3), su opinión personal como una verdad adquirida por la ciencia.

En sus *Règles* torna (4) a rechazar como "radicalmente erróneo", un postulado del método comtista. Comte suponía que los grupos entre los cuales se fracciona la especie humana, pasan todos por las mismas fases de desarrollo; los civilizados de hoy fueron en otro tiempo lo que los salvajes son ahora, únicamente han avanzado con más rapidez; para conocer nuestra prehistoria, no necesita, pues, más que observar la vida y las instituciones de los primitivos; y si le place—por una "ficción racional", "simple artificio científico",—representarse el conjunto de nuestra especie como una inmensa unidad social; bástale—para hallar de nuevo la evolución fundamental de ese hipotético pueblo único: la Humanidad—recorrer de cabo a cabo los diversos estados de civilización que coexisten sobre el globo, desde las tribus más atrasadas hasta las naciones más cultas (5).

En teoría, M. Durkheim rompe con Comte y expresa sobre la evolución la misma opinión que Guarn de Vitry (6): los pueblos, dice, progresan y retroceden, y la Humanidad inténase simultáneamente a través de vías di-

(1) Véase cap. I, II.

(2) Id. cap. III, I; cap. IV; cap. VII, 1.

(3) Id. cap. VII, 1, en una acotación de Rauh.

(4) Id. cap. I, 3.

(5) A. COMTE, *Plan*, pág. 130.—*Cours*; lec. 48, t. IV, páginas 362 a 366; 409; 442 a 444.

(6) «Es menester, escribe Guarn de Vitry, renunciar al postulado de Augusto Comte. La evolución social se desarrolla según diversos planos de estructura». (Véase cap. VI, al final, en la extensa nota concerniente a este filósofo.)

versas (1). Además da como regla al sociólogo no adoptar para materia principal de sus inducciones los datos de la Etnografía (2).

Mas, en la práctica, en sus trabajos, permanece sujeto, como M. Lévy Brühl (3), a la influencia comtista. La familia moderna, dirá, implica en sí, como en síntesis, todo el desarrollo histórico de la familia; las diferentes especies de familias que se han formado sucesivamente, aparecen como las partes de la familia contemporánea (4). Pretendiendo después explicar el origen de los artículos del Código civil que prohíben los matrimonios por causa de consanguinidad, remóntase de un vuelo a los mismos orígenes de la evolución; llega hasta la forma más primitiva de la represión del incesto, según él, la ley de exogamia. Postulando que la acción de esta ley se extiende hasta nosotros, relaciona, directamente y sin crítica, las actuales prohibiciones del matrimonio entre parientes, con el hecho conjetural de que, hace millares de años, nuestros padres se representaban la sangre en general y, de un modo particularísimo, la sangre menstrual como *tabú* (5).

Al mismo tiempo que el autor infringe de esta suerte

(1) Véase cap. II, 3.

(2) Id. *id.*, 4.

(3) «Es preciso admitir que, en las diferentes sociedades, las instituciones evolucionan según las mismas leyes psicológicas y sociológicas.... El problema—a resolver por el sociólogo—se enuncia así: admitido, por hipótesis, que el proceso de desarrollo de las sociedades humanas obedece en todas partes a las mismas leyes, hallar los estadios intermedios que las instituciones de las sociedades más elevadas han debido atravesar para llegar a su estado presente». (*La morale et la science des mœurs*, pág. 209-210.) Véase en el cap. III, I, la opinión de M. Lévy-Brühl acerca del aprovechamiento de los salvajes.

(4) E. DURKHEIM, *Introduit. à la sociologie de la famille*, páginas 263-264.

(5) E. DURKHEIM, *La prohibition de l'inceste et ses origines*.

las reglas de su método, desliza e insinúa, en la exposición de los mismos principios de su sistema, restricciones que algunas veces atenúan singularmente el enunciado de buen grado provocador, y la afirmación con frecuencia altanera.

Toda su concepción sociológica reposa sobre este axioma: El ente social es de otra naturaleza que los individuos asociados; de aquí deduce estos dos teoremas: 1.º, es preciso desistir de explicar los fenómenos sociales por la Psicología (1); 2.º, la causa determinante de la evolución social radica en el medio social y no en las tendencias de los individuos (2).

Ahora bien, atenúa el alcance del primero de estos teoremas, admitiendo que los resultados, a los cuales conduce el método sociológico, han menester ser interpretados: ocurrido el caso, dice, conviene inquirir si no se hallan en pugna con las leyes de la Psicología (3).

Fáltale poco para contradecir el segundo, cuando escribe: «No pretendemos decir que las tendencias, las necesidades, los deseos de los hombres nunca intervienen, de una manera activa, en la evolución social» (4). En realidad de

(1) Véase cap. II, I, y 4, IV, en una acotación concerniente a M. Durkheim.

(2) Véase cap. II, 4, IV a V.

(3) *Règles de la méthode sociologique*, págs. 161-162.—Un poco antes censura a Comte tomar las teorías de la Psicología como piedra de toque para probar la validez de las proposiciones inductivamente establecidas por la Sociología; adjudicando así la última palabra a la Psicología, el método de Comte desnaturaliza, dice, los fenómenos sociológicos. (*Règles*, páginas 122 y 124.)

(4) *Règles de la méth. sociol.*, pág. 113.—Algo después escribe: «Si la evolución social tenía su origen en la constitución psicológica del hombre, precisaría admitir que tiene por motor algún resorte interior a la naturaleza humana. ¿Sería éste esa especie de instinto de que habla Comte y que impulsa al hombre a desarrollar más y más su naturaleza? Pero esto es explicar el progreso por una tendencia innata

verdad—, después de haber intentado una explicación mecanista, dando, como causa determinante de los progresos de la división del trabajo, la densidad y el volumen crecientes de las sociedades—reconoce que es necesario atribuir al instinto de conservación un papel importante en la explicación de estos progresos (1).

Por último, el axioma fundamental sufre igualmente por momentos curiosas modificaciones. Aun sosteniendo con notable insistencia la heterogeneidad de lo social y de lo psíquico (2), llega M. Durkheim a abandonarse a desconcertantes concesiones. Por ejemplo, M. Tosti, criticando *Le Suicide*, había encontrado extraño que un lógico pretendiese explicar un compuesto, sin tener en cuenta el carácter de sus elementos (3). M. Durkheim insinúa al punto que M. Tosti había leído mal. Pretende, al contrario, que la naturaleza de los individuos que integran la sociedad, es una de las causas de las cuales dependen los fenómenos sociales (4). Algunos meses más tarde, en el

al progreso, verdadera entidad metafísica, cuya existencia, por lo demás, no es demostrada de ningún modo». (*Régles*, pág. 134.)

(1) *Régles*, pág. 114.

(2) Véase cap. II, 1 y 2, nota final; 4, IV; V, y cap. V, final.—Cons. *Représentations individuelles et représentations collectives*, pág. 295. «El fenómeno social no depende de la naturaleza personal de los individuos.»

(3) The individuals undoubtedly are an essential factor of the social phenomenon. Durkheim completely overlooks the fact that a compound is explained both by the character of its elements and by the law of their interaction.... (G. TOSTI, *Suicide in the light of recent studies*, en «The American Journal of Sociology», t. III, págs. 474 y 476.)

(4) En apoyo de su rectificación, M. Durkheim remite a M. Tosti al siguiente pasaje de su libro: «La intensidad (de las corrientes suicidógenas) no puede depender más que de tres clases de causas, a saber: 1.^a, la naturaleza de los individuos que integran la sociedad; 2.^a, la manera cómo se han asociado, es decir, la naturaleza de la organización social; 3.^a, los acontecimientos

curso de otra polémica, retorna a su tesis habitual (1).

Esas concesiones a los métodos contrarios, sin embargo

pasajeros que perturban el funcionamiento de la vida colectiva sin alterar la constitución anatómica (pág. 363 del *Suicide*).» (Carta de M. Durkheim a *American Journal of Sociology*, t. III, página 848, Chicago, 1898.)

M. Tosti replica: 1.^o, otros pasajes del *Suicide* (págs. 336, 346 y 366), contradicen el sentido que M. Durkheim intenta dar a ese fragmento de la pág. 363; 2.^o, la cita de la pág. 363 hállase truncada. M. Durkheim enumera tres causas posibles; pero, inmediatamente después elimina la primera, es decir, precisamente el factor individual: «In giving the foregoing quotation from his book, Durkheim omits to reproduce the important qualifying propositions immediately following on the same», pág. 363: «En orden a las propiedades individuales, estas solas pueden desempeñar un papel hallándose en todos, porque aquellas que son estrictamente personales o que no pertenecen más que a reducidas minorías, son sofocadas en la masa de las otras; además, como difieren entre sí, se neutralizan y se borran mutuamente en el curso de la elaboración de donde resulta el fenómeno colectivo. Únicamente, pues, los caracteres generales de la Humanidad pueden ser de algún efecto. Ahora bien, ellos son casi inmutables; a lo menos, para que puedan cambiar no bastan los varios siglos que puede durar una nación. Por consiguiente, las condiciones sociales de las cuales depende el número de los suicidios son las únicas en virtud de cuyo funcionamiento ellos pueden variar, porque son las únicas que admiten variación. «Thus, when given in its logical integrity, the very passage which Durkheim, triumphantly opposes to my argument clearly goes to show that he never meant to acknowledge the influence of the individual conditions upon the intensity of the «courant suicidogène.» When, on p. 363, he mentions the «nature of the individuals» in connection with the causes determining the intensity of the «courant», he does so merely for the purpose of enumerating all the possibilities of explanation, proceeding later on to eliminate those alleged causes shown by further analysis to be entirely ineffectual... That Durkheim should make an attempt to delude the reader by only partially citing from his book is unpleasantly suggestive of pettifoggery.» (G. TOSTI, *The delusions of Durkheim's sociological objectivism*, en «The American Journal of Sociology», t. IV, pág. 171, Chicago, 1899.)

(1) Tarde dice... «me he aproximado mucho a la concepción

tan desdeñosamente tratados: ese abandono—momentáneo, es cierto, bajo el fuego del ataque, pero que no deja de ser una abdicación de los principios—débense a una misma causa: el carácter artificial y la fragilidad del método. El instrumento no fue construido poco a poco por un artífice experto, a través de reiteradas experiencias que habrían permitido comprobar la solidez de cada parte y del conjunto. Ha sido fabricado de todos los fragmentos por un dialéctico, según la prelación, subjetiva y arbitraria, que él se forjaba de las cosas sociales. Al contacto con la realidad, el utensilio inadecuado para su función, se embota...

¿El método sociológico posee, a lo menos, el carácter de alta y serena imparcialidad, que debía merecerle las simpatías de todos los sabios y que, seguramente de buena fe, M. Durkheim encomia como su rasgo distintivo?

Es, declara, independiente de toda filosofía. Su Sociología límitase a ser la Sociología, así brevemente, sin ningún epíteto que pudiera implicar un sentido doctrinal sobre la esencia de las cosas sociales (1).

Afirmando así la neutralidad de su método en orden a las teorías, M. Durkheim olvida manifiestamente su regla esencial: que un fenómeno social sólo puede ser explicado por otro fenómeno social (2).

Ciertamente, es legítimo investigar las causas sociales de los fenómenos sociales; porque, al parecer, tienen múl-

psicológica de los fenómenos sociales... Siempre veo entre la Psicología individual y la Sociología la misma línea de demarcación... En mi sentir, la vida social es un sistema de representaciones... *sui generis*, de naturaleza diversa de aquellas que constituyen la vida mental del individuo, y sujetas a leyes propias que la Psicología individual no sabría prever.» (E. DURKHEIM, *Lettre au Directeur de la Revue philosophique*, t. LII, pág. 704, París, 1901.)

(1) *Les règles de la méthode sociologique*, Conclusión, pág. 172.

(2) Véase cap. II, 1, III.

tiples antecedentes: la acción de uno o de algunos individuos, y la complicidad de la hora o el favor de las circunstancias. Sin negar que una parte del resultado corresponde a los actores visibles, cabe informarse de las condiciones de su éxito: de lo que, en el ambiente, les ha sugerido obrar y permitido triunfar.

Sin embargo, no es ésta la preocupación de M. Durkheim. Su regla no significa que, en la explicación de los acontecimientos de la Historia, es preciso atender a la cooperación del medio, y que no basta notar las proezas de los hombres, siquiera éstos fuesen héroes o genios. Ella niega implícitamente la acción del factor individual: afirma que la causa determinante de un fenómeno social es exclusivamente otro fenómeno social (1). En una palabra, la supuesta regla de método envuelve una doctrina.

¡Si aún esta doctrina fuera una certeza adquirida por la ciencia! Pero ya sabemos cuánto la discuten los historiadores (2). Lejos de hallarnos en posesión de una verdad demostrada, de una ley establecida, permanecemos en presencia de un problema (3).

(1) Véase cap. II, 1, III; *id.*, 4, IV; cap. IV.

(2) «La cuestión de las relaciones entre la masa y el héroe constituye el principal problema metodológico de la Historia moderna... No creo que sea posible, según piensan la mayoría de los sociólogos, deducir, desde ahora, y según los únicos datos actuales, una fórmula fija y explícita acerca de las relaciones entre la masa y el héroe.» (KARL LAMPRECHT, *La science moderne de l'histoire*, en «Revue de synthèse historique», t. X, pág. 287, París, 1905.)

(3) En una conferencia explicada, a instancia de M. Durkheim, en la Escuela de estudios superiores sociales, el 29 de Enero de 1901, M. Gustavo Lanson hace diestramente esta observación, a propósito de la literatura: «La literatura es la expresión de la sociedad; esta fórmula, dice, es quizá la ley más antigua de la Sociología literaria que se haya definido. Dedúcese su aplicación en conjunto. Ella se verifica algunas veces. Sin embargo es incompleta e inexacta. La literatura expresa con tanta frecuen-

Si éste tiene solución, sólo cabe dársela por medio del método inductivo, por el análisis de los acontecimientos, por la comparación de los hechos, por un estudio completo de la Historia. ¿Se logrará nunca resumir el resultado de las investigaciones en una fórmula única? ¿Se hallará solamente algunas leyes conjeturales, de una verdad relativa? Nadie sabría preverlo.

M. Durkheim soluciona la cuestión *a priori*. La dialéctica sustituye en él a la observación de lo real. Los fenómenos sociales, razona, forman un dominio hiper-psicológico: luego los individuos son extraños a la producción de esos hechos, y la Psicología no debe intervenir en su explicación.

Procediendo de esta suerte, confecciona una Sociología de la especie que él desprecia más: de la deductiva.

«... el deseo, el ensueño como lo real. Puede expresar la protesta del individuo, de la minoría contra las leyes o costumbres que les abruman y que sufren, un esfuerzo, pues, para que lo que es deje de ser...» «El libro, dice más adelante, ejerce una acción sobre los lectores; no es solamente signo, sino factor del espíritu público». Y concluye: «Las leyes de la Sociología literaria no son más que conjeturas apoyadas sobre una observación limitada. Debe suprimirse toda explicación universal o inventada por el espíritu; solamente puede intentarse constituir las leyes inscritas en los fenómenos.» (G. LANSON, *L'histoire littéraire et la sociologie*, en «Revue de métaphysique et de morale», t. XII, página 621, París, 1904.)

La discreta reserva de M. Lanson contrasta con el tono rotundo de M. Durkheim: «Los individuos, dice éste, son mucho más un producto de la vida común que no la determinan.» (*Division du travail*, pág. 329.) «Los fenómenos colectivos no derivan de los individuos para extenderse en la sociedad, sino que emanan de la sociedad y se difunden en seguida entre los individuos.» (*La science positive de la morale en Allemagne*, pág. 118.) «La educación no es más que la imagen y el reflejo de la sociedad. La imita y reproduce en síntesis; no la crea. No se restaura con las individualidades aisladas la constitución moral de los pueblos. No puede reformarse la educación si no se reforma la misma sociedad.» (*Le Suicide*, pág. 427.)

Incluyendo su teoría en las reglas del método, prohíbase reivindicar para éste la independencia en orden a las doctrinas.

M. Durkheim siéntese a ratos moralista, y la crisis contemporánea de la Moral no deja de atraer su atención (1). «Hoy, dice, hállase debilitada la Moral tradicional, sin que se haya formado ninguna otra que ocupe su puesto.» (2). «A la hora presente, nuestro primer deber es crearnos una Moral.» (3).

Lo difícil en semejante empresa no es formular reglas. Lo importante es hacerlas observar (4).

Puede cumplirse lo primero, valga lo que valiere (5), y permanecer confuso ante lo segundo (6).

En realidad, el problema más árduo que se plantea a la Francia contemporánea no es la «neutralización» de la Moral: a este respecto basta un par de tijeras. Si la mano que las sostiene no es simplemente laica, sino además comunista, anarquista, devota del amor libre o internacionalista, se limitará a hacer, en los manuales de Moral, los cortes algo más extensos.

La verdadera obra, según testimonia M. Delvolvé (7),

(1) Véase cap. III, 1, IV; cap. VII, 3.

(2) *Détermination du fait moral*, p. 183.

(3) *De la division du travail social*. Conclusión.

(4) Non in hac scientia scrutamur quid sit virtus ad hoc solum ut sciamus hujus rei veritatem, sed ad hoc quod, acquirentes virtutem, boni efficiamur. (S. Thomas, *Ethicorum*, II, 2.)

(5) Cons. *Essai de catéchisme moral*, en «Bull. de la Soc. franc. de Philos.», t. VII, París, 1907.

(6) Véase en el mencionado Boletín las discusiones de las tesis de M. DURKHEIM; *La détermination du fait moral* (1906, t. VI); BUREAU, *La crise morale dans les sociétés contemporaines*. (1908, t. VIII); BELOT, *La morale positive* (I); DELVOLVÉ, *L'efficacité des doctrines morales*. (1909, t. IX).

(7) J. DELVOLVÉ, *Rationalisme et tradition. Recherche des conditions d'efficacité d'une morale laïque*, París, 1910.

comienza después: ¿Cómo determinar las voluntades a permanecer fieles al deber laicizado? ¿Cómo adueñarse de las almas, emancipadas del dogma y acaso también de algunas otras creencias o respetos tradicionales? ¿Qué medio inventar para dar a la enseñanza moral su indispensable eficacia?

Esta cuestión—acerca de la cual disertan filósofos y moralistas con una impasibilidad a veces halagüeña (1), y cuya suprema importancia consideran, desde su punto de vista, los hombres que gobiernan la Nación, sin parecer medir con sangre fría la dificultad (2), esta cuestión, deci-

(1) M. Belot se lamenta, después de la discusión de su tesis sobre *la Moral positiva*, en la que intervinieron MM. Parodi, Darlu, Lachelier, Durkheim y Rauch, en la sesión del 26 de Marzo de 1908: «Estamos entre filósofos. Como hacemos siempre, bajo el pretexto de la Moral hemos tratado de la Metafísica o de la Metodología, y discutido los principios y además las palabras. Pero de la Moral, en las cuatro horas que nos habíamos propuesto dedicarla, no nos hemos ocupado un instante. Sería menester preguntarnos hasta qué punto la educación moral existe, —¿y en realidad cuál es ésta?— puede continuar bastándonos, y si desde ahora su éxito no es precario y limitada su virtualidad. Podíamos examinar si, en el momento en que aun los oídos menos delicados perciben en todo el edificio social crujidos harto alarmantes, cabe contentarse para salvarlo con reponer bajo la dislocada armazón algunos puntales confeccionados precisamente con los materiales más añejos e inservibles. Tratábase de saber si no se podría esperar una restauración más segura de la moralidad, un principio de educación susceptible de ser suscrito y llevado a la práctica por todos... Procede averiguar si no se puede verdaderamente alcanzar de los hombres un querer moral suficientemente firme y ardiente... Tratábase de ver lo que somos, lo que corremos riesgo de llegar a ser, y lo que debíamos hacer, lo que quisiéramos ser. Pero todo esto apenas interesaba. Esto era indigno de verdaderos filósofos. A no dudarlo, valía más hacer todavía algo de dialéctica.» (*Bulletin de la Société française de Philosophie*, t. VIII, p. 210.)

(2) «Todos juntos, dice M. Viviani, nos hallamos comprometidos en una obra de irreligión. Hemos arrancado las concien-

mos, preocupa desde hace largo tiempo a M. Durkheim. «Es menester, escribía en uno de sus primeros estudios, es menester decir de dónde deriva la Moral su fuerza obligatoria y en nombre de qué manda» (1).

Ya sabemos su respuesta. La Moral es, en su opinión, obra de la Sociedad; y la Sociedad, pretende, tiene el derecho de imponernos sus órdenes: nos excede infinitamente; lo que somos, lo que tenemos, de ella lo recibimos; posee los atributos y debe, por consiguiente, gozar de las prerrogativas de la divinidad: es Dios (2).

... cías humanas a la creencia. Cuando un miserable, abrumado por la cotidiana faena, doblaba sus rodillas, le hemos dicho que más allá de las nubes no había más que quimeras. Todos, con magnífico gesto, hemos apagado en el cielo luces que nunca más volverán a alumbrar. He aquí nuestra obra. ¿Creéis que está acabada? Muy al contrario, ahora empieza. ¿Qué responderéis, os pregunto, al niño hecho ya hombre, que se ha aprovechado de la instrucción primaria, completada además por las obras post-escolares de la República, para confrontar su situación con la de los demás hombres? ¿Qué responderéis a un hombre que ya no es un creyente, gracias a nosotros, que le hemos quitado la fe, a quien hemos dicho que el cielo estaba ayuno de justicia, cuando la busque allí abajo? ¿Qué responderéis al hombre que disfruta del sufragio universal, pero que con tristeza compara su poder político con su dependencia económica y que a diario vese humillado por el contraste que hace de él un miserable y un soberano? ¿Cómo calmar sus sufrimientos, cómo apaciguar sus iras y su dolor?... Aquí, la obra sobrepasa al gobierno, la legislatura, nuestro tiempo y nuestra época... Reformada por la acción individual, es decir, por la propaganda, la conciencia del hombre para que sea digno del ideal que lleva en sí. Modificada, por la acción colectiva, es decir, por la ley, en torno suyo, las condiciones materiales de la existencia, para que antes de morir pueda a lo menos tocar con la mano todas las realidades vivientes». (Discurso de M. VIVIANI, Ministro del Trabajo, en el Congreso de los Diputados, sesión del 8 de Noviembre de 1906, *Journal officiel*, p. 2.433.)

(1) *La science positive de la morale en Allemagne*, pág. 138.

(2) Véase cap. III, 1, IV, 3.º; y cap. IV, final.

A creer a M. Lalande (1), los accesos de "misticismo social" de M. Durkheim suscitan la oposición contra él entre los filósofos.

No convendría, sin embargo, que por exceso de misticismo, siquiera este fuese sólo social, se incluyera, en un común anatema, el método sociológico de M. Durkheim y su tentativa o sugestión de consagrar un culto a la Sociedad, fundamento del deber. Eso sería confundir dos cosas distintas y que deben ser apreciadas separadamente.

La idea de fundar una sociolatría, si M. Durkheim piensa seriamente (2), es digna de atención. Sería interesante, por ejemplo, comparar la doctrina con la sustentada por los adoradores del sol: de una y otra parte, parece que el mismo sentimiento profundo—el de los beneficios recibidos—, es el germen de la emoción religiosa (3). Sería

(1) «M. Durkheim has numerous disciples, especially in the new philosophical generation. Moreover, his personal influence is tremendous. But his grandiose conception of morals and society has up to the present time met with a very emphatic opposition on the part of philosophers. Some see in it a social mysticism which would take away, from the individual all proper value by subordinating him to collective aims superior to morality itself—as intelligible consequently as the impenetrable ways of the traditional God.» (A. LALANDE, *Philosophy in France*, en «The philosophical Review», t. XV, pág. 257, New-York, 1906.)

(2) M. Durkheim escribía hace algunos años: «La importancia que concedemos a la Sociología religiosa no implica de ninguna manera que la religión deba, en las sociedades actuales, desempeñar el mismo papel que en otro tiempo. En cierto sentido, tendría más fundamento la solución contraria.» (*Année sociologique*, t. II, prólogo, pág. V, nota 1, 1899.) Cons. *Le Suicide*, págs. 430-431.

(3) Entre los egipcios, por ejemplo, «el dios adorado siempre más universalmente es el sol, Rá. Rá era el bienhechor de la naturaleza entera, el dispensador de toda vida, hacia quien dirigíanse los hombres en acción de gracias.» (CHANTEPIE DE LA SAUSSAYE, *Manuel d'histoire des religions*, pág. 88, París, 1904.) Véase antes la apología de la sociedad por M. DURKHEIM, capítulo III, 1, IV, 3.º; y cap. IV, final.

instructivo además relacionar el proyecto de M. Durkheim con los de Saint-Simon, concibiendo el *nuevo cristianismo* (1), y de Comte, instituyendo la religión de la humanidad (2); los tres son eminentemente positivistas. Por último, habría lugar de inquirir si la nueva religión ejercería sobre la práctica moral la misma influencia que el temor de Dios, la esperanza del cielo o el amor de Jesucristo.

Si, después de haber meditado y contemplado el ídolo, se permanece refractario al piadoso entusiasmo que extasía al verdadero sociolatra; si se persiste escéptico en orden al prestigio que la Moral podría lucrar de un origen sociológico, certificado por la ciencia de las costumbres,—hay derecho a no militar entre los secuaces de la nueva religión, suponiendo que se trata resueltamente de fundarla.

Pero nada autoriza a menospreciar las *Reglas del método sociológico*, pretextando que, suscribirlas, es propender aventuradamente al "misticismo social".

La originalidad, a lo menos aparente, de esas reglas, la resonancia que ha seguido a su publicación, la admirable perseverancia de su autor en defenderlas, su ardor en propagarlas, el prestigio que su concepción sociológica ha conquistado entre los espíritus selectos, la importancia de los trabajos emprendidos bajo su inspiración (3); todo esto impone, antes de resolverse, un detenido examen, tanto más cuanto que la voz autorizada de M. Lévy-Brühl pre-

(1) H. DE SAINT-SIMON, *Le nouveau christianisme*, publicado en Abril de 1825, inserto en el tomo XXIII de las *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin*, París, Dentu, 1870.— Acerca de la religión sansimoniana, consúltese QUACK, *De socialisten*, t. III, cap. I, Amsterdam, 1892. Cons. los trece primeros volúmenes, *passim*, de las *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin*.

(2) Cons. M. DEFOURNY, *La sociologie positiviste*, págs. 222 y siguientes. Louvain-París, 1902.

(3) La colección del *Année sociologique* comprende ya once tomos.

senta el sistema como el único que puede dar a la filosofía moral y social un carácter científico.

Para formular un juicio válido sobre el instrumento metodológico que se nos propone, conviene estudiar cómo y en qué condiciones ha sido confeccionado; informarse de la procedencia de las primeras materias que lo constituyen; averiguar la idea que ha inspirado su ornamentación. Después precisa verle funcionar en manos del constructor; observar cómo labora, y notar si, en la prueba y bajo el esfuerzo, no sufre desperfecto. Importa además, después de la operación, consignar la impresión del experimentador y cotejarla con las promesas o esperanzas del inventor.

Hemos realizado ese estudio, llevado a cabo esas investigaciones, hecho esas observaciones. Mas el espectro del "misticismo social," no ha perturbado nuestro juicio. A la apremiante solicitud de M. Lévy-Brühl, respondemos: ¡No, gracias! Porque sabemos muy bien el valor de su oferta.

III

Felizmente no nos hallamos prisioneros de su dilema.

Fuera de la Moral cuyo proceso hace, pero que representa harto inexactamente como el único esfuerzo y la única creación de todo el pasado; más allá del Derecho natural racionalista, contra el que lanza su pleno desdén científico y positivista, se encuentran otras concepciones de la filosofía moral y social, que ignora o pasa injustamente en silencio.

Hay una, en particular—la de Tomás de Aquino—, a la que no hacen mella las críticas procedentes del campo de la Sociología contemporánea.

Entre la Filosofía moral de Santo Tomás y el Derecho natural, cuya forma propia en los siglos XVIII y XIX sus-

cita precisamente la reacción sociológica, la diferencia es rotunda.

Ese Derecho natural, confiando excesivamente en la razón racionante, ha legislado para los individuos y para los pueblos, como si nunca hubieran tenido Moral ni Derecho. Santo Tomás no hace abstracción de las costumbres reinantes, de las prácticas adoptadas, de los códigos en vigor, de las instituciones existentes, de la experiencia adquirida; piensa con Aristóteles que, para saber lo que debe ser, y descubrir, por ejemplo, el mejor orden social, no basta la razón, sino que es preciso atender a lo que ya existe, observar el orden establecido, tener en cuenta las iniciativas del extranjero, seguir los ensayos verificados en unos y otros países, comparar los resultados obtenidos y no descuidar además las sugerencias de los sabios y los consejos de los hombres reflexivos (1).

El Derecho natural, en sus comienzos, no ha considerado más que al individuo; en éste sólo ha descubierto derechos; a sus exigencias doblega toda la organización social, así la de la familia como la del Estado. Santo Tomás tiene presente que la sociedad doméstica y la sociedad política son como dos organismos que viven vida propia. Ambas consienten intervenir—no cabe dudar— a las iniciativas personales y a las actividades individuales; pero su finalidad es distinta y particulares sus funciones; éstas influyen en su estructura y determinan las relaciones jurídicas de sus miembros.

(1) *Ut sciamus quis modus politicoe conversationis sit optimus, oportet considerare politias, idest ordinationes civitatis quas alii tradiderunt, sive sint illae quibus quaedam civitatum utuntur quae laudantur de hoc quod bene reguntur legibus; sive etiam sint ab aliquibus philosophis et sapientibus traditae quae videntur bene se habere. Ex collatione multorum magis potest apparere quid sit melius et utilius. (Politicoe, II, 1.)*

El Derecho natural ha asignado a la ley como suprema misión la salvaguardia de los "derechos del hombre,"—, expresión equívoca de reivindicaciones contingentes, momentáneas manías, impetuosos deseos y violentas pasiones, cuyo carácter antisocial ha revelado la experiencia—. Santo Tomás no imagina que la Moral y el Derecho puedan consagrar otros fines que los determinados en la naturaleza de las cosas, a los cuales propenden espontáneamente los hombres en general, y que imprimen a la vida individual y a la actividad colectiva su orientación esencial. El deriva de la Moral vivida esas tendencias inmanentes y esas inclinaciones fundamentales, por medio de una observación que nada prohíbe reproducir y completar, y por un análisis que siempre cabe empezar de nuevo y llevar más lejos.

El Derecho natural se ha obstinado en el uso sistemático del método deductivo. Hase esforzado por desarrollar las consecuencias de los principios con la rígida lógica de los tratados de geometría. Santo Tomás evidencia que el moralista y el legislador han empleado siempre y emplean necesariamente dos procedimientos: la deducción racional y la adaptación a las situaciones conocidas.

Pretextando que sus principios derivan rigurosamente de la naturaleza del hombre, el Derecho natural reclama para todo su contenido un valor universal al mismo tiempo que le atribuye un carácter inmutable; y anatematiza como anomalías desordenadas todo lo que se desvía del orden ideal según él lo ha definido. Sabiendo que las reglas morales y jurídicas son, unas, consecuencias lógicas, y otras, aplicaciones particulares a casos concretos, Santo Tomás da razón de las necesarias diferencias de la Moral en el espacio y de sus legítimas variaciones en el tiempo; y no se halla reducido a cargar en la cuenta del error o de la pasión las diversidades de que se hace alarde.

No solamente el poderoso ataque de los sociólogos no

ha abierto brecha en el edificio tomista, sino que éste, al mismo tiempo que persiste firme y sólido, es suficientemente amplio y hospitalario para guarecer a la misma Sociología.

La Sociología no es, para el Tomismo, una enemiga, sino una aliada. Muy cierto que importa acogerla con discernimiento; pero no hay que temerla, ni despreciarla, ni tratarla con acritud.

Conviene muy mucho no confundirla con lo que de equívoco o sospechoso arrastra tras de sí; con lo que, a su alrededor, reclámase de ella indebidamente.

¿Qué importan las opiniones personales, las tendencias particulares, las preocupaciones extra-científicas de sociólogos de nombre o de renombre?

¿Qué importan asimismo las impaciencias, fatales para las observaciones, la precipitación por sentar conclusiones y la vanidad de inventar simulacros de leyes? (1).

Precisa atender al movimiento en su profunda realidad, más que a las personalidades, notables o notadas, que se esfuerzan por encarnarlo o monopolizarlo; debe remon-

(1) «Nosotros los sociólogos, decía no ha mucho M. Steinmetz, en un Congreso internacional de Sociología, hablamos demasiado de lo que vamos a hacer y aun de lo que no queremos hacer, pero nos olvidamos de hacer nuestra ciencia. Nos lo impiden especialmente nuestro afán por las grandes construcciones anticipadas, las hipótesis generales, los cálculos originales y de ningún modo probados. Pero más terrible todavía es nuestra riqueza en sugerencias. Un texto de Sociología de un autor muy conocido en varios países integra un núcleo de leyes sociológicas, en breves páginas, naturalmente sin sombra de pruebas. ¡Cuánto se divertía un físico a quien yo enseñaba esas páginas humillantes! Decía hallarse satisfecho si encontraba una sola ley en su vida. Un sociólogo intrépido las establece por docenas y sus colegas van más allá, sin advertirlo... hacen lo mismo». (S. R. STEINMETZ. *Quelques mots sur la méthode de la sociologie*, en «Annales de l'Institut international de Sociologie», t. II, pág. 77, París, 1896.)

tarse a su origen; conviene apreciar su dirección esencial; de otra suerte se incurrirá en yerro acerca de su verdadero sentido y no se medirá su alcance exacto.

Es menester considerar la reacción que ese movimiento representa contra el ignorante orgullo del racionalismo, la urgencia de saber que él testimonia, la pasión de investigaciones que enciende, la enorme labor que suscita, los descubrimientos con que enriquece el patrimonio intelectual.

Su avance no ofrece, desde hace un siglo, el espectáculo de un curso uniforme y regular, y no siempre ni en todas partes recibe igual denominación. Relaciónanse con él veinte disciplinas diferentes que estudian, bajo vocablos diversos, los múltiples aspectos de la vida moral y social. Cada cual ha seguido su destino, poco cuidadoso de regular su paso sobre el de las demás. Las relaciones de las ciencias sociales entre sí no se hallan mejor definidas que sus relaciones con la Sociología. Todavía ésta necesita hacer un visible esfuerzo para determinar su objeto y normalizar su método.

A pesar de todo, en la pugna de esfuerzos mal coordinados, disciérnese de los principios comunes, de los cuidados análogos, un mismo pensamiento.

Las ciencias sociales constituidas en el siglo XIX admiten, sin confesarlo siempre abiertamente, la existencia en la naturaleza moral y social de relaciones definidas, de un orden inmanente, de una finalidad intrínseca. Sostienen la esperanza de hallar el secreto de esas relaciones, la fórmula de ese orden, la ley de esa finalidad; tienen, aun diciéndose a veces muy celosas de su autonomía, la generosa ambición de poner sus descubrimientos al servicio de la filosofía de la acción.

Por estos postulados, por este espíritu, por estas preocupaciones, se refieren a la concepción tomista de la cien-

cia moral y política (1). Son su prolongación o, más bien, el vigoroso renacimiento y la plenitud espléndida. Reverdece el viejo árbol, retoña nuevas ramas y promete copiosos frutos. Resurge la tradición, rota por el racionalismo.

La Historia de las religiones, la ciencia comparada del Derecho y de las instituciones, la Economía social, la Demografía, la Etnografía, la Estadística—o si place más, la Sociología en sus diversos órdenes—laboran para enriquecer la Filosofía moral y social con nuevos datos y útiles noticias. Acumulan los materiales que permitirán restaurar el edificio y proseguir la construcción. Entre ellas y la Filosofía moral tomista no debe existir más que una colaboración útil. Solamente la ignorancia puede pretender que haya conflicto.

(1) Véase cap. VII, 2, *La moral: ciencia positiva*, y 3, *El problema de los fines*.

FIN